

“L'ANNONCE FAITE A MARIE” de Claudel **Misterio del humano dolor divinizado**

Este drama simbólico, —cifra y destino del dolor humano abismado en Dios—, fué por esto mismo totalmente incomprendido por “nuestros críticos literarios” cuando fué representado no ha mucho por la compañía de Louis Jouvet.

El sufrimiento por Dios, plenariamente aceptado, gloria, luz y bienestar a la Iglesia toda, es como el leit motiv de una maravillosa sinfonía, que adquiere delicadísimas variaciones en cada uno de los tiempos de ella. Surge en el Prólogo como contrapunto a la clara alegría de Volaine “alondra de Francia”

que canta en la luminosidad del cielo de la mañana— en la tortura de Pierre de Craon, herido de lepra:

“Duro es ser leproso y llevar consigo la llaga infame, y saber que nada la curará, que es inútil,

Sino que cada día gana y penetra, y estar solo, y soportar su propio veneno, y sentirse corromperse vivo!

Y que no baste con saborear la muerte una vez y diez veces, sino tener que saborear la horrenda alquimia de la tumba!”

Y Volaine, la bella y gozosa Volaine, ignorante del doloroso destino que le ha sido reservado, le anima con las siguientes palabras, colmadas de profundo sentido, resumen del contenido teológico del drama:

“Sed hombre, Pedro ¡Sed digno de la llama que os consume!

Y si es necesario ser devorado, que sea en un candelabro de oro, como el cirio pascual en pleno coro, para gloria de toda la Iglesia”.

El sufrimiento es un don al cual hay que hacerse digno. El ser devorado por él es luz y esplendor en el corazón mismo de la Iglesia, con un inmenso júbilo de resurrección. Se muere para el perpetuo resucitar de la Iglesia en las almas a través del tiempo y del espacio.

En el acto primero se reasume el motivo del sufrimiento por Dios, pero en un tono totalmente diverso, en un tono grave y solemne como de plegaria y de adiós; es Anne Vercors, que mirando la inmensa desolación de Francia y de la Cristiandad:

“En el lugar del Rey, tenemos dos niños,

El uno, inglés, en su isla.

Y el otro, tan chico, que no se le vé, entre los cañaverales del Loira.

En el lugar del Papa tenemos tres, y en el lugar de Roma, no sé qué Concilio en Suiza”.

quiere, dejando sus bienes y felicidad actual, irse en peregrinación hasta Jerusalén, llegar— se “hasta el gran boquete... que hizo la cruz cuando fué clavada en la tierra”. Pero no irá el sólo, peregrino desasido y gozoso, irá peregrina y gozosa toda la Iglesia:

“No estoy solo! Es un gran pueblo el que se alegra y parte conmigo!

El pueblo de todos mis muertos, junto a mí,

¡Esas almas, una sobre otra, de las que no queda sino la piedra, todas esas bautizadas conmigo, y que piden su asentamiento!

Y puesto que es verdad que el cristiano no está solo, sino que se comunica con todos sus hermanos.

Es todo el reino, conmigo, el que llama y atrae a la Sede de Dios, y vuelve a tomar el camino y la dirección hacia él.

**Yo soy su delegado, y lo llevo conmigo para
Extenderlo otra vez sobre su eterno dechado".**

En el segundo acto, tras la racha de pasión de Mara, un viento ardiente de desolación abrasa el florido jardín de amor de Violaine y Jacques Hury; cerrándose con un triple sufrimiento: grave y acongojado en la madre, sin esperanza en Jacques, recatado y tranquilo en su inmenso abandono en Violaine. Es la víspera de la boda y Violaine debe hacerle a Jacques la terrible revelación de estar leprosa. Junto a la fuente en flor le espera, revestida con su traje de bodas, "el vestido de las monjas de Monsanvierge, casi, salvo el manipulo; la vestidura que llevan al coro, La dalmática del diácono que ellas tienen el privilegio de llevar, algo de sacerdotes, hostias ellas mismas".

Al verla aparecer entre los rosales en plena florecencia, Jacques exclama: "Salud, mi prometida, entre los gajos en flor!", y se inicia ese delicadísimo diálogo de amor y de dolor, revelación y despedida. Violaine, antes de la separación, quiere que Jacques la vea bella; que aspire el aroma de su alma, antes del olvido.

"¿No soy bastante bella en este momento, Jacques? ¿Qué más pides?

¿Qué se le pide a una flor

Sino que sea bella y perfumada un minuto, pobre flor, y después todo habrá terminado?

La flor es breve, pero la alegría que ella ha dado un minuto

No es de esas cosas que tienen principio y fin".

Y Jacques, entre angustiado y sorprendido:

"¡Ah, Violaine, que bella estás así! ¡Empero, tengo temor y os veo con esa vestidura que me espanta

Que no es ese el atavío de una mujer, sino la vestidura del Sacrificador en el De ese que ayuda al sacerdote, dejando el costado descubierto y las manos libres.

**¡Yo lo veo, es el espíritu de Monsanvierge que vive en tí, y la flor suprema, atue-
ra de ese jardín sellado!"**

Desoyendo los ruegos de Violaine, Jacques persiste en no separarse de ella, en hacerla su esposa. Violaine le revela el mal horrible y en el pecho de Jacques surge la duda, la sospecha calumniosa, y el amor se trueca en rabia desolada. Violaine calla, pues él debe poner algo de su parte, al aceptar el sacrificio. Plenitud de sacrificio acerbo, que a pesar de las palabras falsamente tranquilizadoras que dirige a su anciana madre, flechada de congoja, y a quien no verá nunca más, se le escapa como de un vaso colmado en exceso, en las frases finales del acto:

"¡Ah! Ah! mi pobre vestidura de desposada que era tan preciosa!"

Pasan ocho años de terribles dolores. Violaine, olvidada de todos, se consume en una caverna, de donde solo sale para recoger mendrugos de pan duro, que como a un perro, le arrojan de lejos. El mal ha avanzado pavorosamente. No tiene ojos. "Solo el alma se mantiene en el cuerpo caduco". Pero su dolor ha sido fecundo y en esta noche de Navidad los obreros abren un camino a través del bosque, para que pase el Rey, conducido por la Doncella de Orleans, a ser consagrado en la catedral, entre la alegría y la esperanza de todo el Reino.

Empero en esta noche de paz y alegría, el dolor terrible, infecundo y desolador ha herido el corazón de Mara: su única hija ha muerto y nunca más tendrá hijo. En su angustia se acuerda de Violaine, acude a ella entre las tinieblas de la noche y le pide a gritos resucite a su pequeña Aubaine. Y en la conjunción de dos dolores, el dolor endiosado y más profundo, pasa por el desierto del inmenso dolor de Mara, como flovizna fecunda, como suave y fresco viento que trae un toque de gloria de las campanas de la Navidad.

En este acto se toca el corazón y el meollo del misterio, el drama llega a su culmen y plenitud. El desenlace del último acto no será sino su eco solemne y sonoro.

Al preguntar Violaine a Mara: "¿Qué quieres de mí, hermana querida?"

Esta responde: "Alabar contigo ese Dios que te ha hecho apestada". Y luego le preguntará con ironía feroz: "¿Está contigo (Dios), palomita, y te ama?"

"VIOLAINE.—Como está con todos los miserables. El mismo.

MARA.—Por cierto que es grande su amor!

VIOLAINE.—Como el del fuego por la madera cuando prende en ella.

MARA.—Ahora soy feliz con él (Jacques)

VIOLAINE.—¡La paz sea con vosotros!

MARA.—Nuestra alegría es grande. Pero la tuya es mayor ante Dios.

VIOLAINE.—Yo también he conocido la alegría, hace ocho años, y mi corazón estaba maravillado en ella,

Tanto, que le pedía locamente a Dios ¡ah!, que durara y no terminara nunca.

¡Y Dios me escucha de un modo extraño! ¿Tal vez curaré de mi lepra?

No, en tanto que haya una partícula de carne mortal que devorar.

¿Acaso curará el amor de mi corazón? Jamás, en tanto que haya un alma mortal a la que dar algún alimento.

MARA.—¿Has transferido a Otro tu fe?

VIOLAINE.—El amor ha hecho el dolor y el dolor ha hecho el amor.

La madera a la que han prendido fuego no da solamente cenizas, sino que da también llama.

MARA.—¿Para qué sirve esta ciega que no da a los otros ni luz ni calor?

VIOLAINE.—No sirve ya bastante?

¡No echas en cara esa luz a la criatura calcinada,

Visitada hasta en sus fundamentos, que la hace ver en ella misma!

Y si tu pasaras una sola noche en mi piel, no dirías que ese fuego no da calor

El varón es sacerdote, pero no le está prohibido a la mujer ser víctima.

Dios es avaro y no deja que ninguna criatura sea encendida,

Sin que en ella se consuma un poco de impureza,

La suya, o la que le rodea, como la brasa del incansario que es atizado!

Verdad es que la desgracia de estos tiempos es grande.

No tienen padre. Miran, y no saben donde está el Rey ni donde está el Papa.

He aquí porqué se concentra el dolor en mi cuerpo, en lugar de la cristiandad que se disuelve.

¡Poderoso es el sufrimiento, cuando es tan voluntario como el pecado!

¿Tú me has visto besar a ese leproso, Mara? ¿Ah, la copa del dolor es honda,

Y el que en ella pone una vez sus labios, no los retira cuando se le antoja!"

El dolor desesperado surge y se desborda en Mara, que en su desamparo, entrega a Violaine su hijita muerta para que la resucite. Violaine le pregunta, lacrada de estupor y angustia:

VIOLAINE.—¿Tengo yo poder para resucitar los muertos?

MARA.—No sé. Pero no puedo recurrir a nadie sino a tí.

VIOLAINE.—¿Tengo yo poder para resucitar los muertos como Dios?

MARA.—¿Para qué sirves tú, entonces?

VIOLAINE.—¡Para sufrir y suplicar!

MARA.—¿Para qué sirve que sufras y supliques si no me devuelves viva a mi hija?

VIOLAINE.—Dios lo sabe; y con servirle a El me basta".

Suenan las campanas de Navidad. Violaine se sume en oración, mientras escucha las lecciones del día, que se hace leer por Mara. De su cuerpo calcinado surge la vida, y Aubaine vive; pero sus ojos, antes negros, se abren trocados en azules como los de Violaine, y en sus labios golosos hay una blanca gota de leche... lejano suena el Angelus de la aurora en Monsievierge... Aubaine vive... "Y la faz del Padre aparece sobre la tierra renaciente y consolada".

Violaine es conducida moribunda a la casa paterna, en el último acto. A su vista se reabre la vieja herida en el corazón de Jacques; Violaine le anima y consuela, desvelándole el misterio de su dolor y esforzándole a llevar, a su vez, a su doliente y profunda plenitud la misión que a él le toca cumplir todavía:

"VIOLAINE.—Donde yo estoy hay paciencia, pero no dolor.

El dolor del mundo es grande.

Es demasiado duro sufrir y no saber para qué.

Pero lo que otros no saben, yo lo he aprendido, y quiero que tú lo sepas conmigo. Jacques, ¿es que no hemos estado separados por bastante tiempo? ¿Toleraremos todavía ese obstáculo entre nosotros? ¿Es necesario que todavía la muerte nos separe? Todo lo que debe perecer es lo que está enfermo, y todo lo que no debe perecer es lo que sufre.

¡Dichoso aquel que sufre y sabe para qué! Ahora, mi tarea ha terminado.

JACQUES HURY.—Y la mía comienza.

VIOLAINE.—¿Y qué? ¿Encuentras tan amarga la copa donde yo he bebido?

JACQUES.—Pero yo te he perdido para siempre.

VIOLAINE.—¿Perdido? ¿Por qué, dime?

JACQUES.—¡Te mueres!

VIOLAINE.—Jacques, compréndeme:

¿De qué sirve el mejor perfume en un vaso cerrado? No sirve de nada.

VIOLAINE.—¿De qué me servía el cuerpo,

Si me ocultaba el corazón de tal manera que tú no lo veías, sino que veías solo esa marca, afuera, sobre la miserable cobertura?

JACQUES.—He sido duro y ciego.

VIOLAINE.—Ahora, he quedado rota por completo y el perfume se exhala".

.....
"Toma eso de mí, ¡amado mío!

La comunión en la cruz, la amargura como la de la mirra

Del enfermo que ve la sombra sobre el cuadrante y del alma que ha recibido su vocación.

Y para tí ha llegado ya la edad..."

La muerte se acerca; Violaine se hace conducir por Pierre de Craon al Monasterio de Monsanvierge, y mientras agoniza en la santa montaña, cuyo flanco herido se reabre por última vez para jamás cerrarse; el anciano padre torna de su peregrinación y cautiverio con un puñado de tierra santa que servirá para la tumba de su hija, cuyo destino ignora.

El otoño suave se dilata en la plenitud de sus frutos. El anciano en el lindero de la noche invernal de su vida, entona un himno al sol fecundo y a la tierra buena, himno grave, pausado y melancólico como un ocaso otoñal. Jacques, entretanto, da rienda suelta a su desamparada amargura, y a esta doble melodía de almas se suma Pierre de Craon, el constructor de catedrales, con notas solemnes, casi litúrgicas, como las del órgano en el coro de la iglesia. Esta triple melodía contrapuntada por la terrible y desolada pasión de Mara, encuentra su ritmo y su medida en la presencia invisible de Violaine ya ida, cuyo recuerdo y destino les hace elevarse hasta la eternidad y Dios.

"PIERRE DE CRAON.—...La montaña virgen ha muerto y la cicatriz de su costado no se volverá a abrir.

ANNE VERCORS.—Ha muerto, sí. Mi mujer también

ha muerto. Ha muerto mi hijo. La Santa Doncella de Orleans ha sido quemada, y aventadas sus cenizas; ni uno de sus huesos descansa en la tierra.

Pero el Rey y el Pontífice han sido devueltos a Francia y al Universo.

El cisma termina, y de nuevo se alza el Trono por encima de todos los hombres.

Volví a pasar por Roma, besé el pie de S. Pedro; comí, de pie, el pan bendito"

"con el Pueblo de las Cuatro Partes de la Tierra,

En tanto que las campanas del Quirinal y de Letrán y de Santa María la Mayor

Saludaban a los Embajadores de esos pueblos nuevos que desde el Levante y el Poniente penetraban en la Ciudad;

¡Asia recuperada, y ese mundo Atlántico, más allá de las columnas de Hércules!

Y esta misma tarde, cuando toquen el Angelus, a esa hora en que la estrella Al-Zohar brilla en el cielo limpio,

Comienza el nuevo año jubilar que el nuevo Papa concede,

Extinción de las deudas, liberación de los cautivos, suspensión de la guerra, clausura de los pretorios, restitución de toda propiedad.

Oh Pedro! ¡Este es el tiempo en que las mujeres y los niños recién nacidos enseñarán a los sabios y los ancianos!

Yo me escandalicé como un judío, porque la faz de la Iglesia está oscurecida y porque camina a tientas, en el abandono de todos los hombres.

Y quise estrecharme contra la tumba vacía, meter mi mano en el agujero de la cruz.

Pero mi hija Violaine fué más sabia.

¿Acaso la finalidad de esta vida es vivir? ¿Acaso los pies de los hijos de Dios serán adheridos a esta tierra miserable?

¡No es vivir, sino morir; y no es esquivar la cruz, sino subir a ella, y dar riendo, todo lo que tenemos!

¡Ahí está la alegría, ahí está la libertad, ahí la gracia, la juventud eterna!

Y ¡vive Dios! si la sangre del viejo sobre el mantel del sacrificio, no deja una mancha tan roja, tan fresca como la del cordero de un año.

¡Oh Violaine! ¡Niña de gracia! ¡Carne de mi carne! Tan lejos como el fuego humeante de mi granja está de la estrella de la mañana,

Cuando esta bella virgen posa en el seno del sol su luminosa cabeza,

Así pueda tu padre verte allá arriba para toda la eternidad en el lugar que te ha sido guardado!

¡Vive Dios, que por donde ha pasado esa niña puede pasar también el padre!

¿Qué precio tiene el mundo al lado de la vida? ¿Y qué valor tiene la vida, si no es para darla?

¿Y por qué atormentarse, cuando es tan sencillo obedecer?

¡Así es como Violaine, dispuesta, rápida, sigue la mano que toma la suya!"

Sufrimiento endiosado de Violaine, cifra y sentido del misterio claudeliano. En medio de la melodía del Angelus final, Angelus que abre la bendición del año jubilar, vibra el eco de las palabras de Pierre de Craon, graves, simbólicas, colmadas de sentido, como de granos maduros el racimo:

"La vocation de la mort comme un lys solennel".



Pbro. Luis E. Henríquez